

## Un pueblo sin memoria es un pueblo sin conciencia de su historia\*

Alonso Aguilar Monteverde•

El libro colectivo *México en Guerra (1846-1848)*, coordinado por Laura Herrera Serna, que resultó del I Congreso de Historia de las Intervenciones y que esta noche se presenta aquí, contiene un conjunto de estudios de más de treinta autores, en los que desde una perspectiva regional novedosa y enriquecedora se intenta saber cómo respondieron los mexicanos a esa guerra injusta y desigual, que el propio Ulises Grant consideró una "guerra de conquista".

Los textos que se nos ofrecen son serios, objetivos, bien documentados, críticos, y a la vez sencillos, breves y de fácil lectura. Y aunque los autores relatan o explican lo acontecido con sobriedad y sin caer en el melodramatismo, los hechos de que dan cuenta son a menudo dolorosos, y la invasión estadounidense es dramática e incluso verdaderamente trágica. Répárese, por ejemplo, tan sólo en el tremendo impacto emocional que debe haber tenido que el 13 de septiembre de 1847, pese

---

\* Intervención en la presentación del libro *México en Guerra (1846-1848)*, en el acto realizado en el Museo de las Intervenciones de la Ciudad de México el 7 de agosto de 1997.

• Ex investigador y fundador del Seminario Teoría del Desarrollo del IIEC.-UNAM. Miembro de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA).

a la muerte heroica de varios cadetes, el Castillo de Chapultepec, que por entonces alojaba al Colegio Militar fuera tomado por el enemigo y que el 15, o sea nada menos que el día en que los mexicanos se reúnen anualmente en el Zócalo de la capital para recordar la gesta libertaria del Grito de Dolores y a los héroes que les dieron patria, la bandera imperial del invasor ondeara sobre el Palacio. Por eso es comprensible que Gastón García Cantú dedique su libro *Las Invasiones Norteamericanas en México*, “a la memoria del mexicano que disparó, certero, contra el soldado estadounidense que izaba la bandera de las barras y las estrellas en el Palacio Nacional de México...”<sup>1</sup>

La guerra con Estados Unidos, más que el enfrentamiento militar de dos países se antoja una serie ininterrumpida de frustraciones, fracasos y costosas derrotas. Y si bien la obra que se presenta hoy aquí no pretende examinar lo que era el México de entonces, a medida que se avanza en la lectura se afirma la convicción de que el México de Santa Anna, ese extraño, lamentable, tragicómico y en verdad funesto personaje de la poli-picaresca mexicana, a quien Justo Sierra llamó el “Don Juan de los Pronunciamientos”, era un país sin rumbo ganado por la inseguridad, la ineptitud y la desesperanza, sin una bien definida identidad, dividido internamente e incapaz de superar sus conflictos domésticos inclusive cuando la patria se vio frente a los más graves peligros.

El libro, que yo leí con provecho hace unos días y que recomiendo a quienes no lo conozcan y deseen saber un poco más acerca de un dramático pasaje de nuestra historia como fue la guerra de 1846-1848, deja ver que aun cuando las respuestas a esa guerra fueron muy diversas en las diferentes regiones y entidades federativas, sin menospreciar la decisión y la valentía con que muchos compatriotas lucharon, sufrieron y aun entregaron su vida, acaso el común denominador, sobre todo en ciertos segmentos de las clases medias y altas de la población fue la duda, la falta de fe, el desaliento, el egoísmo y el temor, no faltando inclusive actitudes entre-

<sup>1</sup> Citado por Vicente Quirarte, en el capítulo 3 del libro que se presenta, p. 74.

guistas y cobardes de quienes nada hicieron por su país y aun acogieron con beneplácito e indignamente al invasor extranjero.

Sorprende en verdad que, desde el momento mismo en que reclamando lo que sabe que no es suyo el poderoso vecino del norte declara la guerra, no se exprese la indignación y se movilice el país entero como un solo hombre para responder sin demora al agresor. Sorprende que en estados como Puebla y otros de gran tradición e importancia, el enemigo se impusiera sin encontrar resistencia alguna. Desconcierta inclusive que mientras las tropas extranjeras se imponen con no otro título que su fuerza y se apoderan de ciudades y regiones estratégicas, en México monarquistas y republicanos, centralistas y federalistas, regionalistas y nacionalistas, conservadores y liberales y aun liberales moderados y “puros” no sean capaces de olvidar sus discrepancias y resentimientos y enfrentarse, unidos, al enemigo común. E indigna de veras que cuando ese enemigo avanza y urge hacer todo lo que esté a nuestro alcance para detenerlo, una revuelta absurda de “niños bien”, la de los *polkos*, tome las armas no para defender al país cuya integridad territorial es violada sino para preservar sus privilegios y oponerse a que, como lo pretende Valentín Gómez Farías en un momento angustioso la iglesia apoyara, con bienes que permitieran obtener 15 millones de pesos la causa nacional.

¿Por qué, podría preguntarse, no respondió México con la decisión y unidad que eran de esperarse en un país invadido, cuya soberanía era pisoteada? ¿A qué obedeció que ni una violenta agresión extranjera fuera suficiente para sacudirnos y hacernos reaccionar, al menos con clara conciencia de que estaba en juego nuestro destino? Esperar una respuesta nacional coherente y vigorosa que expresara el sentimiento colectivo y la soberanía de una nación agredida, humillada y aun en peligro de desaparecer, sería en realidad una ilusión y supondría no comprender el México de entonces.

México vive durante la primera mitad del siglo XIX no sólo una compleja fase de transición sino una profunda y prolongada crisis. La lucha por la independencia, como se sabe es larga, destructiva y sumamente cruenta. Bajo el efímero imperio de Iturbide las cosas se agravan, se acentúan las rivalidades y se vuelve más difícil intentar el cambio que el país reclama con urgencia.

La Constitución de 1824 surge de un compromiso, y si bien sanciona un régimen federal y democrático de gobierno, las libertades y derechos que consagra quedan en gran medida en el papel, en espera de una realidad que les asegure verdadera vigencia. Bajo las nuevas leyes persisten el viejo orden colonial y su pesada herencia de prejuicios e intolerancia, quedan en pie los fueros eclesiástico y militar, privilegios e ideas caducas incapaces de servir de base a la nueva sociedad que es preciso empezar a construir. Como dice el doctor Mora, la inestabilidad y las dificultades de entonces obedecen a que el viejo régimen no acaba de morir y el nuevo de nacer. Y apenas unos años después de optarse por el sistema federal, los conservadores derogan la Constitución de 1824 e imponen una organización centralista, lo que incluso contribuye a crear condiciones de ingobernabilidad.

Mientras en México las clases dominantes se dividen, debilitan y demuestran no ser capaces de resolver los más graves problemas nacionales, Estados Unidos sigue de cerca el convulso proceso mexicano, y ante la negativa primero de España y después de México, de venderles Texas, se fortalecen y deciden apoderarse de esa rica provincia del noreste de nuestro país. Aún antes de 1823, en que Monroe proclama la doctrina que se conoce por su nombre, de "América para los americanos", que en la práctica significa "para los estadounidenses", está en marcha esa política expansionista. Y entre el descuido, la torpeza, la ingenuidad y la ineptitud de las autoridades mexicanas, y la fría y calculada decisión de Estados Unidos de enviar a millares de granjeros para que se instalen en Texas, aprovechen las facilidades que se les brindan y llegado el momento reclamen su seudo independencia, se encargan de que en 1836 se separe de México, y unos años más tarde Washington decida anexarla y volverla parte de un ya entonces poderoso país. Por ello podría decirse que el apoderamiento por la fuerza de Texas fue en realidad el inicio de la guerra contra México.

La guerra de 1846-1848 fue el momento en que Estados Unidos consideró podía irse más lejos y conquistar los extensos y ricos territorios de Nuevo México, California y otros, de los que México debía ser despojado. Y al respecto es revelador que tan sólo unos meses después de consumarse la ocupación de la alta California, se inicie la "fiebre del oro" —el "gold rush"—,

se intensifique la emigración hacia el Oeste y empiecen a hacerse ahí nuevas y grandes fortunas estadounidenses. Lo que quiere decir que no fue un hecho casual ni aislado lo que determinó esta guerra, sino todo un proceso que culmina en la invasión y el despojo.

El México de aquellos tiempos era, como ya se dijo, un país en formación, desarticulado, dividido, profundamente inestable y sin cohesión interna. Sus instituciones políticas era débiles, incluso todavía en buena parte incomprendidas y que aún estando bien delineadas en las leyes, de hecho no operaban en la práctica. Los gobiernos, que no pocas veces sólo duraban unas semanas, carecían de base democrática, de organización y de autoridad moral y política para cumplir su cometido. Una atrasada economía y la concentración improductiva de la riqueza en poder de la iglesia y en general de "manos muertas", impedían el desarrollo y contribuían a que el grueso de la población viviera en condiciones deplorables. Como diría Justo Sierra: la invasión demostró "la impotencia de las clases privilegiadas para salvar a la patria y la inconsistencia de un organismo que apenas si podría llamarse nación".

Estados Unidos, en cambio, era un país en ascenso y en plena expansión territorial y económica, un país que se había preparado largos años para atacar a México y privarlo de sus regiones más ricas, mediante una guerra injusta que obligaba a contar con un ejército disciplinado, profesional y provisto de adecuada organización y armas modernas.

La guerra cobró a México un precio enorme, por lo que resulta comprensible que incluso no pocos elementos ligados al gobierno considerara el Tratado de Guadalupe Hidalgo un pacto leonino e inaceptable, que no podría ser la base de una paz digna, justa y duradera.

Con todo, probablemente lo injusto de ese Tratado y las incalculables pérdidas que impuso, contribuyeron a que los mexicanos cobraran conciencia de su penosa situación, y a que un país destruido y en ruinas comenzara a reconstruirse sobre las nuevas bases que se sientan en la época de la Reforma, y que fueron la revolución de Ayutla, la caída de Santa Anna y el fin de una larga tiranía; las Leyes Juárez, Lerdo e Iglesias, de 1855-1857, esenciales para acabar con ciertos privilegios y establecer libertades, un Congreso Constituyente, el triunfo de

Calpulalpan y la decisión de luchar contra una nueva invasión extranjera, ahora de Francia, hasta triunfar y restaurar el orden constitucional republicano y la integridad territorial del país.

Debemos agradecer a los autores de *México en Guerra (1846-1848)*, que a ciento cincuenta años de esa tragedia nos hayan recordado lo penosa que fue. Su esfuerzo contribuirá a que recordemos lo que no debe olvidarse, y a que comprendamos que un pueblo sin memoria es un pueblo sin historia, historia que no es sólo el pasado sino también el presente y la capacidad para responder a los retos que el futuro nos plantea.

El México de 1997 no es, desde luego, el de 1847, pero los peligros que hoy nos amenazan no son menores que los de entonces. En el marco de la globalización e internacionalización no pocos piensan que el Estado nacional, la soberanía y el derecho de autodeterminación de los pueblos son categorías en proceso de extinción. Ahora, o sea cuando según algunos no hay alternativa, lo único realista y viable es aceptar la inserción subordinada en la nueva división internacional del trabajo, que las grandes potencias nos imponen. Al oírlos se antoja preguntar: ¿Serán estas gentes y en particular la clase dominante en nuestro país —en la que no escasean los negociantes dispuestos a vender a nuestra patria por un plato de lentejas—, capaces de defender una soberanía de la que carecen y una independencia que creen imposible?

La soberanía nacional, como la Constitución lo establece en su artículo 39 "... reside esencial y originariamente en el pueblo". Lo que quiere decir que soberanía popular y nacional son inseparables, y que cuando el pueblo es soberano, o sea cuando realmente gobierna y participa en la toma de decisiones que más le afectan, la nación puede ejercer su soberanía y defender eficazmente sus mejores intereses, cuando, en cambio no hay una genuina democracia o ésta es sólo electoral y formalista, la desigualdad y la injusticia acaban por imponerse y dividen y debilitan a las fuerzas capaces de ejercer la soberanía.

La soberanía no ha sido lo mismo a lo largo de la historia moderna, y hoy tenemos que ejercerla de nuevas maneras y entender que sin integración interna, aislados, dispersos, cada vez más dependientes y dispuestos a aceptar que otros decidan desde fuera lo que más nos importa, no seremos un pueblo soberano capaz de hacer lo que más convenga.

En el cada vez más internacionalizado, cambiante y complejo mundo de estos días nuestra libertad, desarrollo e independencia no dependen de que nos aislemos y menos todavía de que intentemos revivir situaciones ya inoperantes y aun inexistentes. Ni levantar nuevas murallas chinas ni volver al pasado, pueden ser la solución. A la integración y el desarrollo nacional deberá ahora agregarse la integración y unidad de Nuestra América, que a estas horas no es una utopía sino una necesidad.

Se equivocan quienes creen que la soberanía y aun el Estado-nación son ya inviables. Ante los profundos cambios que hoy presenciemos, la soberanía, el Estado y aún nuestra identidad y otras categorías histórico-culturales tendrán que cambiar. Y ello no debiera sorprendernos pues el cambio es la ley fundamental de la sociedad y de la historia.

En los días de la guerra con Estados Unidos, hace 150 años, estaba en descomposición un viejo orden social, y la incapacidad para sentar las bases de un nuevo Estado e incluso un nuevo país contribuyó sin duda a la vulnerabilidad y a la derrota de la república. Ahora ocurre algo similar. El viejo y antidemocrático sistema político priista de la imposición, la manipulación y el fraude se resquebraja; la dependencia del país se hace más profunda, la desigualdad social es ya en verdad dramática y el desarrollo que se nos ofrece es insuficiente, parcial y aun más inequitativo. En cuanto a Estados Unidos, si bien siguen hablando de democracia y de libertad, su intervención en los asuntos internos de otros Estados, como en los últimos decenios lo comprobó su ilegal injerencia en Guatemala, Cuba, República Dominicana, Chile, Nicaragua, El Salvador, Granada y Panamá, aparte desde luego de la guerra de Vietnam y de la "tormenta del desierto" sobre Iraq, aún en sus versiones menos violentas como la empresa de las Américas de Bush, que bajo el mito del "mercado libre" aspira a la plena dominación continental, demuestra que ningún país tiene su independencia nacional asegurada y que tendrá que luchar resueltamente para conquistarla y, en su caso, para preservarla.

Esto es lo que nos espera a los mexicanos. Los intereses extranjeros ante los cuales perdimos Texas y después la mitad del territorio, ahora no son los de unos cuantos miles de

granjeros que a la postre resultaron verdaderos lobos con piel de oveja. Hoy son poderosas empresas trasnacionales ligadas entre sí y a las más grandes potencias, que creen que nuestro destino es obedecerlas y aceptar pasivamente lo que ellas dispongan y desde luego el papel que nos asignen en la economía, la política e incluso en la cultura toda de nuestro tiempo. Estamos a las puertas de un nuevo siglo y un nuevo milenio. Una inquietante realidad nos pone otra vez a prueba. Y no tendremos que esperar mucho tiempo para saber si somos o no capaces de enfrentarnos con éxito a tales desafíos y de defender con decisión, inteligencia, patriotismo, valor y dignidad nuestros más caros y legítimos intereses.